

# COLÓN, PRECURSOR LITERARIO

Joaquín Balaguer

Colón podría ser considerado, en cuanto pintor del mundo de los trópicos, como un remoto precursor de los grandes románticos franceses que desde la segunda mitad del siglo XVIII empezaron a apartar los ojos de la escenografía clásica y a elegir como fondo de sus cuadros la inmensa decoración de la selva americana. En las descripciones hechas por el Almirante sobre la naturaleza de América, se percibe un eco, aunque fugitivo y débil todavía, de la soberbia orquesta de colores con que dos siglos después había de celebrar Bernardino de Saint-Pierre el cielo de los mares del sur y la tibia atmósfera de las noches tropicales.

En las impresiones que la naturaleza tropical suscita en el temperamento emotivo del Descubridor, debió sin duda de influir su espíritu religioso y su sentimiento cristiano de la vida. Se sabe que Colón era profundamente versado en las Sagradas Escrituras y todas sus concepciones sobre el mundo, tanto las relativas a la situación del paraíso como a la forma del globo y el magnetismo terrestre, culminan en el reconocimiento de la existencia de un orden providencial y en la sumisión de la razón que acaba siempre desconfiando de sí misma para rendirse sin reservas al imperio de la verdad revelada. Las mejores páginas descriptivas de Colón están impregnadas de aroma religioso. Casi toda la maravillosa relación sobre su tercer viaje, sobre todo la parte en que describe su paso por la isla de Trinidad, asiento, según él, del paraíso terrestre, es una ardiente página de geografía mística. Por esa relación deslumbradora, en la cual se percibe el acento convencido del hombre que se apoya firmemente en su fe, pasa algo de esas visiones sibilinas de que se sirvió Lucrecio para explicar la formación del universo y en las cuales el poeta romano pinta a las razas saliendo del seno de las florestas para establecer el orden civil y crear la civilización humana. Todo lector apercebido advierte en esas páginas la presencia de lo maravilloso.

La naturaleza del trópico se presenta a los ojos de Colón tan bella y tan pura como lo fue en el mundo anterior a la aparición de la serpiente. Por eso afirma que en este hemisferio, probablemente en la isla de Trinidad, existió el paraíso en los días que siguieron a la creación de la tierra. Su fantasía, llevada por el lujo de la vida tropical hasta la exaltación quimérica, busca ansiosamente la explicación del misterio, y no puede menos que figurarse al primer hombre y a la primera mujer disfrutando de la gloria de la creación en medio de aquellas corrientes cristalinas y de aquel mundo inocente sobre el que no ha caído todavía la mancha del pecado. Dante, contemplando a Beatriz en el paraíso celeste adonde él mismo la condujo, no debió sentir una sensación tan dulce como la que posee al Almirante cuando reconstruye en el edén terrestre de la isla de Trinidad<sup>1</sup> la escena del primer beso que estalló en los labios de Eva ruborizando la tierra y dando origen al eslabón con que se inicia la cadena de la vida.

Fuera de la parte atribuible al cristianismo en el desarrollo del sentimiento de la naturaleza<sup>2</sup>, no hay duda de que Colón se presenta en este aspecto como un verdadero precursor literario. Humboldt<sup>3</sup> recuerda que las expediciones de Alejandro atrajeron la atención de los mejores escritores de aquel tiempo hacia la naturaleza indostánica, dando lugar a que sobre la literatura de la época se proyectase la sombra de sus bosques milenarios. El descubrimiento de América tenía que producir un efecto semejante no sólo porque

---

<sup>1</sup> La belleza natural del sitio que por primera vez visita, durante su tercer viaje, es lo que ante todo induce a Colón a creer que allí, y no en las fuentes del Nilo ni en otro lugar, se hallaba situado el paraíso terrenal: "Yo no tomo — escribe — quel paraíso terrenal sea en forma de montaña áspera". Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. 2a ed., Madrid, 1858. Tomo I: *Viajes de Colón: Almirantazgo de Castilla*, pág. 408 (carta a los reyes).

<sup>2</sup> Humboldt, a quien no es posible dejar de mencionar porque nadie ha tratado con tanta maestría como él en el tomo II del *Cosmos* cuanto se refiere a la contemplación del mundo físico y al sentimiento de las bellezas naturales, alude en los siguientes términos a la influencia ejercida por el cristianismo sobre la literatura descriptiva: "El cristianismo dispone los espíritus a buscar en el orden del mundo y en la belleza de la naturaleza el testimonio de la grandeza y de la excelencia del Creador. Esta tendencia a glorificar la Divinidad en sus obras debió traer el gusto de las descripciones" (págs. 27-28).

<sup>3</sup> *Ob. cit.*, tomo II, segunda parte, cap. 2°, pág. 179 y siguientes.

ese acontecimiento ensanchó la órbita de las ciencias botánicas sino también porque fascinó la imaginación de los hombres con el prestigio deslumbrador de las expediciones lejanas.

Por todos los ámbitos de Europa se extendió el rumor sobre la existencia allende el mar de ríos fabulosos y de selvas que ocultaban todos los milagros de la germinación bajo sus bóvedas salvajes. Colón, con el solo hecho del descubrimiento, ensancha los límites de la inspiración humana haciendo entrar en la literatura el sentimiento de la naturaleza. El arte mismo se enriquece luego con una emoción nueva que apunta ya en la tersura y en la profundidad del cielo que sirve de fondo al retrato del Aretino pintado por Ticiano. Una distancia no menos grande que la que separa a Europa de América, media entre el bosque tropical de Mauricio Rugendas o las florestas de Ruysdael y los árboles de Claudio de Lorena.

Pero la influencia directa, esto es, la que los mismos escritos del Descubridor debían producir excitando a la contemplación de la naturaleza, fue sin duda más tardía. La difusión de sus descripciones del mundo tropical fue siempre limitada. Aunque una de sus cartas, la traducida al latín por Aliander de Cosco, fue objeto de nueve ediciones en 1493<sup>4</sup>, la atención popular se desvía hacia los relatos de Américo Vespucio y de otros viajeros que describen, con lujo de fantasía, las zonas tropicales. El mismo Humboldt confiesa que desconocía, hasta la publicación de la obra de Martín Fernández de Navarrete, el *Diario* marítimo y las cartas de Colón al tesorero Sánchez y al ama del Príncipe don Juan<sup>5</sup>. Es en la segunda mitad del siglo XIX cuando empieza a ser descubierto el mundo de Colón para la geografía poética: fue la publicación de la *Atala* de Chateaubriand y del *Diario* y de los demás escritos del Almirante lo que en realidad reveló al mundo la existencia de América como paisaje digno de interés por su originalidad poderosa.

Es cierto que cuando aparecen los escritos de Colón, reunidos por primera vez en 1825, ya se había iniciado la tendencia a convertir la naturaleza en una fuente de inspiración para el arte literario. Con anterioridad a esa fecha habían ya recorrido el suelo de Europa, encendiendo en todos los espíritus la llama de la revolución, el *Emilio* y *La nueva Eloísa* (1759), códigos de la nueva doctrina dictada por Rousseau para proclamar el retorno a la naturaleza y a la vida salvaje; ya Buffon había publicado *Épocas de la naturaleza* (1778), asombroso análisis de los fenómenos de la luz y el magnetismo; ya Bernardino de Saint-Pierre había dado a conocer sus *Estudios sobre la naturaleza* (1784) y había presentado en *Pablo y Virginia* (1787) el cuadro de la vida idílica en una isla llena de palmeras situada en el mundo de los trópicos; y ya Playfair, en Inglaterra, y Georg Forster, en Alemania, habían hecho la descripción de países exóticos y de viajes al través de mares peregrinos que añadían al prestigio de la imaginación el encanto de lo misterioso.

Pero *Atala*, obra distinta a todo lo que hasta entonces se había escrito para ponderar los milagros de la naturaleza en el idilio clásico y en la prosa descriptiva, encierra la primera visión grandiosa sobre el paisaje de América, aún intacta para quien fuera capaz de sustituir con el color natural de su vegetación espléndida las tintas artificiales de la vieja novela pastoral y de la poesía didáctica. El *Diario* de navegación y las cartas del Almirante, coleccionadas y difundidas veinticuatro años después de la aparición de la famosa novela de Chateaubriand, renuevan la imagen trazada por el escritor de Bretaña y recorren otra vez ante el mundo los velos que envolvían el panorama prodigioso. No hay, desde luego, en las descripciones de Colón el artificio que magnifica las de Chateaubriand con la magia del estilo, ni la nitidez de líneas con que los desiertos de la Florida aparecen descritos en *Atala* y en *René*, ni la riquísima vena de color que se derrama en esas obras excelsas para realzar con el elemento pintoresco del paisaje el encanto de la historia. Pero los escritos del Almirante, hijos no del arte sino de la espontaneidad poética, conservan la insustituible frescura de la primera impresión y reflejan el sentimiento de un alma apasionada que se encuentra predispuesta a lo sublime por virtud de su solo contacto con las maravillas del mundo americano.

Como expresión del sentimiento de la naturaleza, como reflejo de la impresión personal que se manifiesta por el simple roce con el mundo físico, como obra debida exclusivamente al entusiasmo poético y como alarde de sinceridad y aún de sencillez candorosa, la obra de Colón es y será siempre la más bella y la más

<sup>4</sup> En el mismo año de 1493, se publicaron nueve ediciones de esa carta en Roma, Florencia y Madrid. Una versión del mismo documento apareció también entonces en la capital francesa. En 1494 se hacen dos nuevas ediciones en Roma, y al siguiente año otras dos en Florencia y en Pavia. En 1497, una versión alemana en Estrasburgo. En 1504, aparecen en Venecia dos ediciones del *Libreto de tutta la navigazione*, donde Albertino Verellese inserta los relatos de Trevisano sobre los viajes de Colón. En 1505, por último, se publican dos ediciones de la carta sobre el cuarto viaje del Almirante. Pero la difusión de todos estos documentos fue siempre limitada, sea por lo reducidas que fueron las ediciones hechas en español o en otras lenguas, o sea porque los escritos de Colón no contenían, como los de Michele de Cuneo, compañero del Almirante en su segundo viaje, datos obscenos ni fábulas destinadas a despertar la curiosidad del vulgo de los lectores.

<sup>5</sup> *Cosmos*, tomo II, pág. 67.

pura de cuantas tienden a traducir la voluptuosa vida del trópico si no en toda su grandiosidad de color sí en toda su esplendor desatada. Todavía puede destacarse, en favor de los escritos del Almirante, el sentido bíblico y trascendental que predomina en algunas de sus páginas, casi siempre impregnadas de una profunda gravedad religiosa. Tampoco falta en los escritos de Colón, sobre todo en sus relaciones sobre los dos últimos viajes al nuevo continente y en sus cartas al ama del príncipe don Juan, ese suave sentimiento de melancolía viril sin el cual aun las obras de la imaginación carecen de acento verdaderamente humano. Es precisamente cuando el mundo le ha perseguido con crueldad y cuando la espuma del desengaño flota sobre sus pasiones agriadas, cuando el Descubridor escribe sus páginas más elocuentes, hendidas a veces por el relámpago de la inspiración poética, y cuando su estilo, ya maduro, se acerca a la esplendor del otoño como esos astros que no alcanzan a brillar en el cielo de la mañana pero que resplandecen con luz dominante en medio del firmamento estrellado. Es entonces cuando salen de sus labios, picados ya por las abejas del escepticismo que han vertido en ellos su jugo venenoso, las palabras acerbadas y sangrantes que anuncian la hora de la madurez desencantada y de la renunciación melancólica: “Quién nació, sin quitar a Job, que no muriera desesperado?”<sup>6</sup>.

#### LA FIDELIDAD DEL COLORIDO

La contemplación del nuevo continente despierta en Colón emociones idénticas a las que debía suscitar más tarde el mundo de los trópicos en los grandes artistas de la palabra pictórica. El Almirante observa la fisonomía del Nuevo Mundo y señala sus rasgos característicos dando siempre prueba de su asombrosa intuición de los misterios de la naturaleza.

El autor del *Cosmos*, según él mismo ha confesado, recorrió las páginas del *Diario* de Colón, antes de iniciar su viaje científico por tierras de América, y pudo luego reconocer, al entrar personalmente en contacto con la naturaleza allí descrita, la fidelidad con que pintó el Almirante “la vida de las plantas, y el cielo, desconocido hasta entonces, que se descubría a sus miradas”<sup>7</sup>. La belleza del Nuevo Mundo produce idéntica impresión en el navegante y en el viajero de la famosa Expedición Botánica. El investigador alemán debía recordar también, en otra de sus obras, la exactitud con que describe Bernardino de Saint-Pierre la naturaleza del trópico “en todos sus rasgos originales”<sup>8</sup>. El *Diario* del Descubridor, escrito varios siglos antes por un hombre que no era propiamente un artista literario, no resulta inferior a *Pablo y Virginia* en la energía del dibujo ni en la fidelidad del trazo descriptivo que siempre traduce algún aspecto de la poderosa naturaleza de los trópicos sin omitir ninguno de los rasgos que dan carácter especial a ese cuadro portentoso.

Cuando Bernardino de Saint-Pierre describe las noches del trópico con tanta nitidez de estilo como fidelidad en los colores, señala, como lo más característico del cuadro, la dulzura del aire y el vasto murmullo con que el canto de los pájaros se eleva desde lo alto de las rocas y desde el fondo de las selvas como un himno grandioso: “El viento retenía su aliento. Se oían en los bosques, en el fondo de los valles, en lo alto de las rocas, menudos gritos, dulces murmullos de pájaros que se acariciaban en sus nidos, regocijados con la claridad de la noche y la tranquilidad del aire”<sup>9</sup>. También el Almirante, cuando pinta, con su característica simplicidad de expresión, las noches de Cuba, señala en el mismo párrafo la extraña relación existente entre la dulzura de la atmósfera y el canto de las aves: “Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente”<sup>10</sup>.

En los cuadros tropicales de Bernardino de Saint-Pierre no falta nunca una alusión al agua que desciende desde grandes alturas y cubre el valle de encajes espumosos: “Las aguas que descienden desde las cimas de esas rocas, formaban, en el fondo del valle, aquí fuentes, allá anchos espejos que repetían, en medio de la verdura, los árboles en flor, las rocas y el azul del cielo”<sup>11</sup>. Colón menciona también con frecuencia la

<sup>6</sup> Navarrete, *Viajes y descubrimientos*, tomo II, pág. 445 (Carta a los Reyes).

<sup>7</sup> *Examen crítico de la historia*, pág. 167.

<sup>8</sup> “En compañía de Bonpland — dice Humboldt — comprobé la admirable verdad con que se encuentra representada en tan pocas páginas la naturaleza de los trópicos en todos sus rasgos originales” (*Cosmos*, tomo II), pág. 75).

<sup>9</sup> “Les vents retenaient leurs haleines. On entendait dans les bois, au fond des vallées, au haut des rochers, de petits cris, de doux murmures d’oiseaux qui se caressaient dans leurs nids, réjouis par la clarté de la nuit et la tranquillité de l’air” (*Paul et Virginie*, Ed. Mignot, editeur, París, pág. 182).

<sup>10</sup> Navarrete, *Diario*, ob. cit., pág. 194.

<sup>11</sup> “Les eaux qui descendent du sommet de ces roches formaient au fond du valon, ici des fontaines, là de larges miroirs, qui répétaient, au milieu de la verdure, les arbres en fleurs, les rochers et l’azur des cieux” (*Ob. cit.*, pág. 158).

belleza del agua que atrae su atención entre todos los aspectos del paisaje: “Las sierras altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas...”<sup>12</sup> Y, como el autor de *Pablo y Virginia*, el Almirante se eleva siempre, desde la contemplación de la naturaleza, al reconocimiento de la sabiduría de la Providencia que él descubre y admira en sus obras inmortales<sup>13</sup>.

Todo el *Diario* de Colón está lleno de alusiones al aroma que embalsama el ambiente de las noches tropicales<sup>14</sup>. También Chateaubriand, cuando describe la marcha de Atala con su enamorado al través del desierto, habla con fruición de las noches de la Florida, dulcemente embalsamadas: “La noche era deliciosa. El genio del aire sacudía su cabellera azul, embalsamada por los pinos, y respirábamos el débil olor de ámbar que despiden los cocodrilos acostados bajo los tamarindos del río”<sup>15</sup>. Chateaubriand describe del siguiente modo la espesura de las selvas que bordean las orillas del Misisipí: “Suspensos sobre el curso de las aguas, agrupados sobre las rocas y montañas, dispersos en los valles, árboles de todas las formas, de todos los colores, de todos los perfumes, se confunden, crecen unidos, y suben por los aires hasta alturas que fatigan los ojos”<sup>16</sup>. Colón, más sencillo pero no menos verídico ni menos poético, señala los mismos rasgos en la espesura de los bosques de la Isabela: “Ha árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer”<sup>17</sup>. Chateaubriand añade: “Los papagayos de cabezas amarillas, los picos verdes sonrosados, los cardenales de fuego saltan y giran en los apreses”<sup>18</sup>. Y Colón apunta a su vez en el *Diario* marítimo: “Y las manadas de los papagayos, que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla”<sup>19</sup>.

La descripción de Chateaubriand, fruto de uno de los más perfectos artífices de la lengua francesa, está llena de riqueza exterior y de pomposidad oratoria. Pero la de Colón coincide con la del estilista francés en lo que respecta a la indicación de los rasgos esenciales del cuadro, y no revela un sentimiento menos poético y delicado del paisaje ni una sensibilidad menos viva para la contemplación ideal del mundo de la naturaleza.

#### PUNTOS DE CONTACTO ENTRE LOS CUADROS TROPICALES DE COLÓN Y LOS DE VÍCTOR HUGO

El *Bug Jargal* de Víctor Hugo, dramática pintura de la rebelión de los esclavos de Santo Domingo en 1791, contiene una visión de la naturaleza tropical que coincide con la que refleja el Almirante en aquellas partes de su *Diario* y de sus relaciones a los Reyes donde describe la vegetación de las islas antillanas.

El libro del poeta francés aparece en 1820, cinco años antes de que Navarrete divulgara los escritos del descubridor del Nuevo Mundo, pero en realidad esa primera edición<sup>20</sup> no contenía sino vagas alusiones a la naturaleza del país en que se desenvuelve aquel drama. En la edición de 1826, corregida por Víctor Hugo para ceñir el relato no sólo a la verdad histórica sino también al color local<sup>21</sup>, aparecen ya referencias concretas al paisaje y una impresión más real y más vivida de la naturaleza del trópico. En esta versión definitiva, la fisonomía del ambiente tropical se halla descrita con los mismos rasgos, a veces con las mismas imágenes, que usó el Almirante para transmitirnos su ingenua y sincera impresión sobre la isla que él juzgó como la más hermosa del mundo.

<sup>12</sup> Navarrete, *Diario*, *ob. cit.*, pág. 217.

<sup>13</sup> Tanto en *Pablo y Virginia* como en todos sus *Etudes de la Nature*, B. de Saint-Pierre mezcla con frecuencia reflexiones de esta índole: “Chaque jour était pour eux un jour de fête, et tout ce qui les environnait, un temple divin, où ils admiraient sans cesse une intelligence infini, toute-puissante et amie des hommes” (*Pablo y Virginia*, pág. 163).

<sup>14</sup> Recuérdese principalmente el deleite con que el Almirante aspira, según refiere en diversos pasajes de su *Diario*, los aires que le traen durante las noches el perfume de las florestas cercanas: en su primer viaje, sobre todo, se aproximó cuanto pudo a las costas de las islas descubiertas porque lo complacía navegar envuelto en una nube de aromas.

<sup>15</sup> “La nuit était délicieuse. Le Génie des airs secouoit sa chevelure bleue, embaumée de la senteur des pins, et Ton respiroit la faible odeur d’ambre qu’exhaloient les crocodiles couchés sous les tamarins des fleuves” (*Átala. Extraits des mémoires*, París, Imprimerie Creté, pág. 32).

<sup>16</sup> “Suspendus sur le cours des eaux, groupés sur les rochers et sur les montagnes, dispersés dans les vallées, des arbres de toutes les formes, de toutes les couleurs, de tous les parfums, se mélangent, croissent ensemble, montent dans les airs a des hauteurs qui fatiguent les regards” (*ob. cit.*, pág. 22).

<sup>17</sup> *Diario* (21 de octubre).

<sup>18</sup> *Ob. cit.*, pág. 23.

<sup>19</sup> *Diario* (21 de octubre).

<sup>20</sup> Lo que Víctor Hugo publicó en 1820 fue sólo un resumen de *Bug Jargal* cuya difusión fue entonces sumamente limitada: este bosquejo circuló, según afirma el propio autor en la edición de 1826, “en una época en que la política del día se ocupaba muy poco de Haití”.

<sup>21</sup> La edición de 1832 no contiene cambios que afecten ni el paisaje ni el estilo.

La zona de la isla de Santo Domingo pintada por Víctor Hugo es la misma que Colón describe, con escrupulosa fidelidad topográfica, en los apuntes de su *Diario* que corresponden a los primeros días de diciembre, esto es, la comarca de Acul y las vegas próximas a la región de El Cabo o del Guarico. Lo primero que el poeta francés señala en aquella comarca es la embelesante hermosura de los valles: “Qué hermoso me parecía el valle: allí crecían plátanos con flores de arce, de un vigor y lozanía prodigiosos; allí, espesas enramadas de mauricias, especie de palma que no tolera ninguna otra vegetación bajo su sombra; allí, palmas de dátiles; allí, magnolias con sus enormes flores; allí, inmensas catalpas lucían sus recortadas y brillantes hojas entre los dorados racimos del ébano falso, entrelazadas con las azules aureolas de aquella especie de madre selva silvestre que apellidan los negros *caolu*. Frescos cortinajes de bejuco escondían entre su verdor los descarnados peñascos de las vecinas laderas”<sup>22</sup>. Colón también describe los valles que abundan en esa zona con entusiasmo desbordante: fue allí donde el descubridor encontró un valle del cual dice que “otra cosa más hermosa no había visto” y que denominó “valle del paraíso”<sup>23</sup>. El 16 de diciembre, cuando llega a Puerto de Paz y explora la región que hoy se denomina *Gross Morne*, su entusiasmo aumenta, y escribe entonces en el colmo de la admiración: “Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos buenas aguas, y las tierras para pan, para ganados de todas suertes, de que ellos no tienen alguna; para huertas y para todas las cosas del mundo que el hombre sepa pedir”<sup>24</sup>.

El lujo de la vegetación no es pintado por Víctor Hugo con colores más frescos que los que usa en su sencillo relato el Almirante: “Las márgenes (del Río Grande), dice el autor de *Bug Jargal*, estaban salpicadas de malezas y arbustos impenetrables a la vista con su espesura, y, a menudo, hasta sus aguas quedaban cubiertas por las guirnalda de bejuco que, colgando de los troncos de los arces, entre sus flores rojizas enlazaban sus vástagos de la una a la otra orilla, y, cruzándose en modos miles, formaban sobre la corriente inmensos toldos de verdura”<sup>25</sup>. El Almirante señala a su vez el brío y la densidad de la vegetación, característicos de aquellas florestas, con una de esas expresiones felices que distinguen su estilo imaginativo: “Los árboles... eran tan viciosos que las hojas dejaban de ser verdes y eran prietas de verdura”<sup>26</sup>. Pintando la vegetación cercana a los ríos, descrita por Víctor Hugo en el trozo ya citado, Colón nos pone delante el mismo cuadro que en *Bug Jargal* aparece con mayores detalles: “Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes, y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras; de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes”<sup>27</sup>.

El aroma que emana del prado silvestre, aroma característico de la vegetación tropical, fue uno de los rasgos de la naturaleza de Santo Domingo que causaron más profunda impresión al Almirante: “...El olor a árboles de la tierra... era la cosa más dulce del mundo”. También Víctor Hugo asocia la idea del paraíso terrestre al perfume del suelo virgen en que crece la lujuriosa vegetación del trópico: “El aire estaba impregnado de suaves olores, que por dondequiera se exhalaban de este suelo virgen, y formaban un delicioso aroma, cual debió respirarlo el primer hombre entre las rosas primeras del paraíso”<sup>28</sup>.

Víctor Hugo, como es también probable que lo hiciera Américo Vesputio, pinta el paisaje de América al través de las referencias hechas por viajeros que llegaban a Europa sorprendidos del brío de la naturaleza tropical y maravillados de su espléndida abundancia y de su fecundación omnipotente<sup>29</sup>.

Estas descripciones entusiásticas tenían que ejercer sobre la fantasía del genio una fascinación tanto más poderosa cuanto que se referían a un mundo desconocido y hablaban a su imaginación de un modo misterioso. Pero es también admisible que Víctor Hugo, cuya patria literaria no era Francia sino más bien

<sup>22</sup> *Bug Jargal*, traducción de D. Alcalá Galiano. Colección Universal, Madrid-Barcelona, 1920, pág. 228.

<sup>23</sup> *Diario* (15 de diciembre).

<sup>24</sup> *Diario* (16 de diciembre).

<sup>25</sup> *Bug Jargal*, pág. 96.

<sup>26</sup> *Diario* (16 de diciembre).

<sup>27</sup> *Diario* (28 de octubre).

<sup>28</sup> *Ob. cit.*, pág. 228.

<sup>29</sup> “Habiendo sabido varias personas distinguidas —dice el propio Víctor Hugo en el prólogo que escribió para la edición de *Bug Jargal* de 1826— que ya como colonos, ya como funcionarios, estuvieron interesadas en los disturbios de Santo Domingo, la próxima publicación de este episodio, han tenido gusto en prestar espontáneamente al autor materiales tanto más preciosos cuanto que en su mayoría son inéditos... Tales *documentos* le han sido de gran utilidad para rectificar lo que el relato del capitán d’Auverney presentaba de incompleto en lo que se refiere al color local, y de falso en lo relativo a la verdad histórica”.

España<sup>30</sup>, conociera el *Diario* y, por lo menos, la carta dirigida por Colón al Tesorero de los Reyes Católicos Rafael Sánchez<sup>31</sup>, antes de volver a escribir a *Bug Jargal* para adaptarlo, según él mismo confiesa, a la realidad histórica, y para infundirle el colorido local de que careció al principio. Lo que sí no es dudoso es que el poeta francés leyó a *Atala* y bañó su imaginación en el río de color con que pinta Chateaubriand el desierto americano.

Pero lo evidente es que Víctor Hugo pinta la naturaleza de la isla de Santo Domingo con las mismas tintas con que la describe Colón y señala en aquel paisaje tropical los mismos rasgos que excitaron la ávida curiosidad del navegante: la esplendidez de los valles, el aroma de las florestas silvestres y el lujo de la vegetación que invaden aún la cuenca en que los ríos desatan su corriente procelosa. El lector más desprevenido advierte en los trazos descriptivos de *Bug Jargal*, como en los del *Diario* y las relaciones de Colón, un colorido violento y áspero que no es el del paisaje clásico ni corresponde, como en Horacio y en Virgilio, a la visión de un mundo sereno y armonioso.

#### VALOR ARTÍSTICO DEL DIARIO Y DE LAS CARTAS DEL ALMIRANTE

En Colón alcanza su máxima expresión el sentimiento de la naturaleza. Como no fue un escritor de estilo, ni tuvo presente al transmitirnos sus propias impresiones sobre la vida tropical, ningún modelo clásico, su emoción aparece enriquecida por una frescura y por una sinceridad que en vano se buscarían en el mejor artista literario. Cuando un escritor como Chateaubriand pinta el paisaje de América, situando en medio de la vegetación tropical la misantropía de René o el fanatismo apasionado de *Atala*, tiene forzosamente en cuenta, como punto de referencia, el paisaje antiguo, y en alguna forma rinde tributo en sus descripciones al ideal de la belleza clásica. Pero cuando un hombre como Colón, guiado menos por su educación artística que por su instinto de observador acucioso, contempla la naturaleza y la describe con verdadero entusiasmo poético, su paisaje es enteramente personal y se nos ofrece libre de toda adulteración literaria. Hasta el momento en que Colón escribe el *Diario* y la mayor parte de las relaciones, esto es, en las postrimerías del siglo XV, el sentimiento de la naturaleza no representaba aún un factor artístico aislado. El comercio con el mundo físico o era una especie de misticismo sensual o una suerte de religiosidad panteísta. Aún Ovidio y Horacio sólo vuelven la vista a la naturaleza cuando se sienten fascinados por el encanto de la paz bucólica. El poeta, aturdido por el fragor del mundo, busca el contacto con la soledad y celebra el retiro campestre donde la paz es dulce como un vino dorado. Antes que la comunión con la naturaleza, lo que la antigüedad clásica parece haber amado es el *beatius tile*, el retiro apacible que celebra Horacio en la oda a Julio Antonio y en la epístola a Setimio.

El *Decamerón* de Boccaccio nos da una idea del valor que todavía en el Renacimiento tuvo el comercio con la naturaleza.

Los diez protagonistas de esa historia, deliciosa exaltación del sentido epicúreo de la vida, se alejan de Florencia, asolada a la sazón por la peste, y buscan en plena campiña un refugio donde entregarse, fuera de todo contacto con el mundo, a su avidez sensual y a su alegría pagana. Lo que hacen los héroes del cuento de Boccaccio, el Maquiavelo de la alcoba<sup>32</sup>, para resguardarse de la plaga que mantiene a Florencia consternada, lo hacen también los poetas huyendo de la ciudad para refugiarse en el campo y saciar en medio de la paz bucólica su apetencia de sosiego. El comercio con la naturaleza no es, por consiguiente, sino un pretexto para alcanzar fines ajenos a la creación artística, y su realización no tendrá otro efecto que el de envolver la poesía en una aura apacible y el de llenar el verso de dulzura geórgica.

<sup>30</sup> Recuérdense las palabras con que alude Teófilo Gautier al españolismo de Víctor Hugo: “Era un nuevo Corneille no menos castellano que el antiguo” (*Historia del romanticismo*).

<sup>31</sup> Este documento, sin duda el más rico que salió de la pluma de Colón en noticias y trazos descriptivos del nuevo continente, fue vertido en lengua francesa y publicado por Bossi en el apéndice de la vida del Almirante. Es precisamente en la carta al Tesorero Sánchez donde habla Colón, con más energía y entusiasmo, de la extraordinaria riqueza de la vegetación de las Antillas: “Todas estas islas son muy bellas y presentan varias perspectivas: son transitables y llenas de mucha diversidad de árboles, de inmensa elevación, y que creo conserven en todo tiempo sus hojas, porque las vi reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de mayo, unos colmados de flores, otros cargados de frutos, ofrecían todos la mayor hermosura a proporción del estado en que se hallaban, y según la calidad y naturaleza de cada uno. Cantaba el ruiseñor y otras varias e innumerables aves, y cantaban en el mes de noviembre, que era el tiempo en que yo registraba país tan delicioso... En aquella a que dimos el nombre de *Española*, hay montes sublimes y agradables a la vista, dilatados sembrados, bosques, campos feracísimos, y todos muy en proporción para sembrar, para pasto y para fabricar edificios; la comodidad y primor de sus puertos, y la muchedumbre de ríos que contribuye a la salubridad, excede a cuanto pueda imaginarse, a no verlo...”.

<sup>32</sup> Papini, *Boccaccio*.

Pero Colón, que no se hallaba encadenado al ideal de la belleza clásica, narra sus impresiones con sinceridad absoluta y por primera vez aparece en sus escritos la emoción de la naturaleza. Su visión del paisaje, por lo mismo que no se encuentra dominada por ningún recuerdo libresco, es poderosamente original y tiene la frescura del mundo en cuyas aguas se bañó esta imaginación soñadora. No sería, pues, aventurado afirmar que es en los escritos del descubridor de América donde la naturaleza se halla por primera vez sentida y donde verdaderamente adquiere la categoría de un valor artístico aislado. En las páginas impresionistas y en los cuadros descriptivos que nos dejó el Almirante podemos contemplar la fisonomía del nuevo continente al través de un temperamento poético que se desborda en cuanto escribe con toda libertad porque no se encuentra sujeto a la tiranía del precepto literario. La consecuencia de ese hecho será de una significación incalculable: el mundo físico se proyectará en la obra artística tal cual es y el paisaje no será en lo sucesivo el reflejo de un universo convencional ni la visión esquemática de una naturaleza imaginaria.

JOAQUÍN BALAGUER.

THESAURUS. Tomo V, Núms. 1, 2 y 3 (1949), pp. 372-384.